



## XVIII.

### JORNADA DE ARGEL.

1540-1541.

Dragut, arraez.—Préndelo Joanetín Doria.—Sorpresa de Gibraltar.—Combate sobre la isla de Alborán.—Embarca Carlos V en la Spezzia.—Reunión de escuadras en Palma de Mallorca.—Desembarco en Matifuz.—Tremendo temporal.—Desastres.—Reembarco de las tropas.—El Emperador arriba á Bujia.—Entra en Cartagena.



**D**RAGUT, el arraez ó capitán de los exploradores turcos en la batalla de Previsa, hechura de Barbarroja, tuvo encargo de éste, cuando cayó Castell Nuovo, de molestar las costas de Italia y la navegación de los españoles. Andrea Doria salió á buscarle hacia Túnez, presumiendo que había de reponerse en los Gelves, sin lograr darle alcance. Había aprendido de su maestro á mover las galeras con rapidez y secreto.

A otro discípulo y sobrino predilecto, á Joanetín Doria, encomendó Andrea la persecución del arraez, en unión con D. Berenguer de Requesens, general de las galeras de Sicilia, en el circuito de la isla.

Tampoco descubrieron por allá huellas, ni en Cerdeña; pero aquí había sospechas de ciertas velas pasadas con rumbo á Córcega, y tomándolo, hallaron lo que buscaban en la ensenada de la Giralata, entre Calvi y Bastia, el 15 de Junio de 1540.

Tan seguro se creía Dragut en aquel lugar deshabitado y lejano del derrotero ordinario de las naves, que ni tenía ata-



layas ni había dejado galera de guardia. No hubiera caído en tamaño descuido el maestro. Toda la gente estaba en tierra recibiendo la parte de botín: unos dormían á la sombra del bosque; merendaban otros alegremente, en el instante en que, doblando la punta de la rada, aparecieron las galeras españolas. Huyeron los turcos hacia el interior sin querer embarcarse, y aunque Dragut lo hizo con los más allegados, no le consistió la sorpresa ponerse en defensa: 11 galeras quedaron apresadas, entre ellas las dos venecianas *Moceniga* y *Bibierna* perdidas en Previsa. El arraez fué amarrado á un banco hasta que pudo servir para adelantar los tratos con el zorro viejo de su jefe, ofreciéndole á Bona, Bujia, Tremecén, y aun Trípoli, en vez de la Goleta.

Durante el verano reunió Doria en Mesina 51 galeras y más de 30 galeotas y fustas, en las que embarcó 14 compañías de infantería española con el virrey de Sicilia y D. García de Toledo. De allí fueron á Monastír, Susa, Mahometa y Calibia, plazas de la costa de Túnez que tomaron, lo mismo que las inmediatas, sin mucho trabajo, para obediencia del Bey, y dejaron buena guarnición en la primera.

Otro golpe sensible castigó hogaño á la osadía de los corsarios, y fué de este modo.

Se preparó en Argel, obedeciendo á la consigna de Barbaroja, una armadilla compuesta de tres galeras, cinco galeotas, seis fustas y dos bergantines, impulsada por 900 remeros cautivos, guarnecida por 2.000 soldados turcos y moriscos valencianos <sup>1</sup>. El jefe principal era Alí Hamet, renegado de Cerdeña; el general de desembarco, Caramaní, esclavo que había sido en nuestras galeras <sup>2</sup>. Habiendo salido de Argel con gran reserva en Agosto, pusieron la proa al Oeste, noticiosos de hallarse las galeras de España en las Baleares. Llegados al Estrecho sin ser vistos, atracaron á la playa de

<sup>1</sup> Eran las tres galeras de á tres remos por banco; dos galeotas de á 22 bancos, una de 21 y dos de á 20; las seis fustas variaban en el porte. En la galera mayor, que no era la capitana, iban 150 sobresalientes; en las otras, á 140.

<sup>2</sup> Habiase alzado con la nombrada *Leona*, de D. Álvaro de Bazán, y escapado desde Cartagena á Argel.



Gibraltar de amanecida, arbolando banderas imperiales, y echaron en tierra 1.000 escopeteros y ballesteros divididos en cuatro escuadrones. Los unos se hicieron dueños de la puerta, abierta á la gente que iba á las faenas del campo; los otros se derramaron por los dos barrios principales, dando cuenta de los que desbandados acudían al toque de rebato. Como en el castillo estaban vigilantes y allí se iba congregando la gente de guerra, hicieron la señal de reembarque, llevándose 73 cautivos y el despojo de ropas que pudieron, á costa de 20 muertos. En el puerto desvalijaron hasta 40 navíos pequeños, y dieron fuego al vaso de una galera de cinco remos por banco que construía D. Alvaro de Bazán, deteniéndose unos días regateando el precio de los prisioneros hasta conseguir 7.000 ducados; y á los 13 de Septiembre tiraron hacia la costa de Berbería, barajándola hasta las inmediaciones de Melilla, que no llegaron á rebasar.

Don Alvaro de Bazán, aludido, había hecho dejación de las galeras de España, disgustado por ciertas particularidades de oficina <sup>1</sup>, y las tenía á la sazón D. Bernardino de Mendoza, hermano del marqués de Mondéjar, el primer alcaide que tuvo la Goleta <sup>2</sup>. Cruzaba entre las Baleares, como se ha dicho, recelando las acometidas de los berberiscos, y en una bordada que dió á Denia, recibió aviso de lo ocurrido en Gibraltar. Calculó que los argelinos se apartarían de la costa de España, volviendo por la de África, y asegurado de que no habían parecido en Argel con la presa, ni por Orán habían pasado, continuó al Oeste avanzando sus bergantines á la

<sup>1</sup> Ochoa de la Salde, *La Carolea*.

<sup>2</sup> Don Bernardino de Mendoza, hijo de D. Íñigo López, primer marqués de Mondéjar y segundo conde de Tendilla, fué comendador de Mérida, del Consejo de Estado, contador mayor de Castilla, teniente de Cartagena y primer alcaide del fuerte de la Goleta. Sucedió á D. Alvaro de Bazán en la capitania general de las galeras de España, que tuvo muchos años, empeñando más de una vez su casa y hacienda para satisfacer los sueldos que se le libraban con mucho retraso. Hizo á los corsarios, en el tiempo de su mando, presa de 53 navíos, sin contar los menores, y dejó las galeras á cargo de sus hijos D. Juan y D. Íñigo para servir otros cargos. Murió en buena edad en la plaza francesa de San Quintín, habiendo asistido á la memorable batalla de 1557. Escribía con soltura y gracia, que en el estilo epistolar no desdicen de las obras de su hermano D. Diego Hurtado de Mendoza.



descubierta. Sobre la isla de Alborán se cumplió su deseo, avistando las 16 velas corsarias el 1.º de Octubre; y como las galeras no eran más de diez, nada hicieron las primeras por esquivar el encuentro, antes lo aceleraron muy satisfechas de su superioridad, tocando tambores y añafles en son de eto.

La descarga de artillería de D. Bernardino fué bien dirigida é hizo destrozos antes de llegar á las manos. Dos galeras, la de Hamet y la de Caramaní, aferraron á la capitana de España, y una y otra vez pisaron los turcos su cubierta, saliendo descalabrados. Pendiendo la victoria del éxito de este combate parcial, no hay que decir el empeño con que de una y otra parte se perseguía, ni puede ocultarse cómo abrumados por el número estuvieron en grave aprieto los cristianos. Ocurrió á D. Bernardino uno de esos recursos repentinos de que echa mano el capitán en críticas circunstancias: mandó que soldados y remeros se corrieran á una banda, haciendo levantar como es consiguiente la otra, de modo que sirvió de parapeto á los tiros de Hamet. Todos los de D. Bernardino se concentraron sobre la otra, con la dicha de derribar á Caramaní y á muchos de sus turcos. Volviendo veloces á la parte opuesta, entraron la cubierta, acorralando á los defensores. Alí Hamet, herido, se arrojó al agua: dió la señal de la rendición, que de cualquier modo ya se hubiera conseguido.

A la izquierda de la Capitana, la galera que mandaba don Pedro de la Guerra disparó el cañón de cruja con oportunidad y efecto de echar á fondo instantáneamente á una enemiga; aferró á la inmediata, la ganó con poderoso esfuerzo, siendo dos, por consiguiente, las que se le debieron. La *Santa Bárbara*, que gobernaba Pedro Benítez se empeñó entre un grupo contrario, porque este capitán, natural de Gibraltar, ardía en deseos de vengar los daños de su pueblo y de su familia acaso. Los malogró un arcabuzazo recibido en el pecho á tiempo que rendía á la nave enemiga. Dos galeras de esta ala izquierda quedaron á retaguardia y apenas pelearon por estar muy escasas de gente.



En la derecha fué aferrada la *Santa Ana* por dos argelinas: de la una se zafó y rindió á la otra, teniendo 11 muertos y 36 heridos, incluso el capitán. Otra galera de D. Enrique Enríquez capturó con poco esfuerzo á la galeota en que huía Ali Hamet, y con esto cesó el combate, haciéndose la cuenta. De los 16 barcos argelinos, se cobraron 10 y uno se fué á pique; escaparon cuatro á vela y remo; se libertaron 837 cautivos de los que andaban al remo; é hicieron 427 prisioneros: casi todos los capitanes turcos murieron, como Caramaní. De nuestra parte no fué corta la pérdida: murieron 130, contándose entre los heridos al Capitán general, de arcabuzazo en la cabeza.

Ocurrió al final del combate un incidente por demás sensible. Después que D. Enrique Enríquez hizo prisionero á Hamet, acudió á todo bogar hacia la galera *Santa Bárbara*, cuyos soldados andaban saqueando á la enemiga que habían rendido, y sin repararlo, mandó precipitadamente disparar la artillería, quedando muertos siete españoles y heridos doce <sup>1</sup>.

Alcanzada la victoria, se celebró en Málaga con una proce-

<sup>1</sup> Era este D. Enrique Enríquez personaje discolo y vanidoso que servía por asiento con tres galeras á las órdenes de D. Bernardino. En varias ocasiones elevó el General quejas del proceder de su subordinado, y en ésta puso correctivo á las inconveniencias informando al Emperador de lo ocurrido. «En lo que D. Enrique dice que le he hecho agravio—escribía—no me maravillo que se queje de los cristianos, pues tampoco se pueden quejar de él los turcos; y es cosa de maravillar y de agradecerle que con tan poca gente como traía haya hecho tanto como dice y quedado todos sanos. Doy gracias á Dios que conmigo ni con mis galeras no quiso hacer este milagro; y si todos nos diéramos tan buena maña como él dice que se dió, más navíos tomáramos de los que traían los turcos en su armada; mas como le ha ido bien de quejarse otras veces, no puede dejar de hacello ahora. Lo que en esto pasa es que él tomó una fusta de 17 bancos, que fué la menor de las que se tomaron, y algunos dicen que cuando la embistió se habían echado los turcos á la mar, ó la mayor parte de ellos: como esto es cosa que no vi, no lo afirmo. Lo que sé es que habiendo rendido á los enemigos, llegó con su galera cerca de la *Santa Bárbara*..... (Aquí refiere el incidente desgraciado). Fuera bien cuando escribió esotras cosas que no se olvidara esto, pues era más notable hazaña.»

Es de advertir como antecedente que en Real cédula de 22 de Abril del mismo año se envió severa reprimenda al mismo D. Enrique Enríquez por haber arbolado gallardete ante el Capitán general, y resistido á la orden de abatirlo.—*Colección Sans de Barutell, Simancas*, art. 3, núm. 133.



sión en que iban todos los cristianos que habían sido libertados, con velas de cera en las manos; después los soldados bizarramente ataviados; á trechos las trompetas, clarines, cajas y pifanos, con gran estruendo de artillería; al fin los capitanes, que llevaban en medio á su general D. Bernardino, con el estandarte de la Capitana, de Cristo y la Virgen María, descaperuzado, y con esta procesión llegó á la iglesia <sup>1</sup>.

No era el acto extraordinario: el Cardenal arzobispo de Toledo escribía al Emperador: «Ha sido cosa de mucha cualidad (la batalla), así para estos reinos como para los demás, por muchas causas que V. M. puede considerar; y así, la debe Vuestra Majestad tener en mucho y dar gracias á Dios por ella.....»

Y tal era la opinión general, significada en las relaciones y elogios que corrieron de mano en mano <sup>2</sup>, considerada la oportunidad y prontitud con que tuvo castigo la intentona de Gibraltar.

Sin embargo, no cesaban por diversos puntos; Benisa, Cullera, Crevillente, San Juan de Alicante, Mallorca, Alcudia las experimentaron por inteligencia y gestión de los moriscos de la costa <sup>3</sup>, colmando la medida de la indignación del Em-

<sup>1</sup> *Triunfo de las armas católicas por intervención de Maria S. N.*, por el Licenciado Juan de Tamayo Salazar. Madrid, 1648.

<sup>2</sup> Por poco conocidas, apuntaré la *Verdadera relación del suceso e insigne batalla e victoria habida por el muy ilustre y valeroso señor D. Bernardino de Mendoza, general de las galeras de España, en la batalla naval que hobo contra Caramani, turco de nación, general de la Armáda de Argel, y con Ali Hamat, capitán corsario, en la isla de Arbolán*, por Alonso Arias Riquelme. Ms.—*Bernardina, sive de Turcarum classe expugnata a Bernardin de Mendoza*. Auctore Joanne Vilches. Ms. Biblioteca Nacional. M. 138. Del mismo autor se publicó en Sevilla, en 1544, otro poema en versos exámetros, dedicado al marqués de Mondéjar, con título: *Bernardina. De illustris Domini ac strenuissimi Ducis Domini Bernardini e Mendoza navali certamine adversus turcas apud insulam Arbolanum victoria. Item Ægloga unica, ac de encomiis et variis lusibus ad diversos Silva*.—Carta oficial del veedor de las galeras, Antonio de Herrera, al Comendador mayor, acompañando relaciones de muertos y heridos, hay en la *Colección Sans de Barutell, Simancas*, art. 4, núm. 125.

<sup>3</sup> Abundan las pruebas oficiales en los procesos de la Inquisición de Valencia, algunos de los cuales ha extractado D. Manuel Danvila en su libro *La expulsión de los moriscos españoles*. Madrid, 1889.



perador en la creencia de estar obligado á destruir la madri-guera en que tantos daños y escándalos se fraguaban contra los cristianos, dando satisfacción á las empresas de Diego de Vera y de D. Hugo de Moncada, en que fundaban su arrogancia. Acababa de orillar las dificultades que le obligaron á hacer el viaje de Flandes y Alemania, y resueltamente decidió la jornada de Argel por su persona, mandando hacer armamento tan considerable como el que llevó á Túnez.

El Papa, con quien se vió al regresar por Italia, trató de disuadirle, en razón á que el Gran Turco se preparaba á invadir de nuevo los estados de la cristiandad, y contraria fué asimismo la opinión del marqués del Vasto, gobernador de Milán, de Andrea Doria, con otras personas influyentes en el Consejo, agregando á los argumentos de Su Santidad el de estar acabando el verano de 1541, y acercarse la época de los temporales que hacen muy comprometida la costa sin abrigos de Berbería. Nada bastó á convencerle: tenía convicción de bastarle cuarenta ó cincuenta días para desquiciar el nido de los corsarios, y de estar mejor preparado para cuando empezaran las hostilidades los turcos.

Esperábanle en el golfo de la Spezzia 35 galeras, que se hubiera pensado se inclinaban á las opiniones contrarias con el testimonio mudo de su crujiir, trabajadas con los embates de la mar. El César, á bordo de la Real de Andrea Doria, se vió en la necesidad de arribar á Porto-Venere, á Viareggio, en Córcega, á Porto Bonifacio y Puerto Ponte en Cerdeña; de aquí hizo travesía á Mahón, penosísima por la persistencia de los vientos borrascosos.

El punto de reunión de la armada era la bahía de Palma de Mallorca, donde estaba ya la Casa Real y la fuerza de Italia, reunida por el virrey de Sicilia D. Fernando de Gonzaga. Faltaba la escuadra organizada en Málaga, que se retardó por los tiempos, y al fin hizo derrota directa á la costa de Africa, enviando aviso de que se hallaría en Cabo Cajina, nueve millas al Oeste de Argel, que era el otro punto señalado.

Disparada con esto la pieza de leva en la galera imperial, se cubrió el mar de velas al amanecer el 19 de Octubre, de-



jando libertad á las naos para aprovecharlas sin orden absoluto de marcha, siempre que se mantuvieran en las agrupaciones de escuadra.

Las de Italia pasaban de 100, habiendo embarcado 6.000 alemanes, 5.000 italianos, 6.000 españoles de infantería y 400 caballos ligeros. En las de Málaga, urcas de Flandes, galeones de Cantabria, carabelas de Andalucía, escorchapiques, tafureas, iba la caballería de hombres de armas, los aventureros con sus criados, tren de artillería y sitio, é inmensa provisión de toda especie. En suma, eran 200 naos de gavia y 100 menores, en números redondos.

Galeras se contaban, sobre las escuadras de Andrea Doria y de D. Bernardino de Mendoza, las cuatro de Malta, gobernadas por el baillío de Alemania Jorge Schiling, cuatro de Sicilia con D. Berenguer de Requesens, seis de Antonio Doria, cinco de Nápoles con D. García de Toledo, cuatro del Conde de Anguillara, dos del Señor de Monago, dos del Vizconde Cigala, dos del Duque de Terranova.

Comparadas las cifras algo distintas de los escritores contemporáneos, la composición general del armamento ascendía á 65 galeras y 450 navíos de guerra y transporte, llevando 12.000 hombres de mar y 24.000 de desembarco. En el cuartel real se hallaban los grandes señores y caballeros del reino: ociosa me parece la lista para el objeto de este libro, al que basta por curiosidad la cita del marqués del Valle de Guaxaca, de Hernán Cortés, conquistador de Méjico, voluntario entre el lucido cortejo de Carlos V.

Soplaba el viento de Levante con mar gruesa, cuando las escuadrás fueron aproximándose á la playa, en la cual rompían las olas, imposibilitando el desembarco.

Juanetín Doria recibió la comisión de buscar lugar á propósito, reconociendo las proximidades del puerto fuera del alcance de sus cañones, sobre todo, la rada de Matifux, que recurva unas siete millas al Oeste. Hasta el domingo 25 de Octubre no abatió la resaca peligrosa: esperó la gente hasta la madrugada, elegido sitio entre los riachuelos el Khemir y el Harrach, á cinco ó seis kilómetros de la plaza, y amaneció



ciendo en calma, se comunicaron las órdenes de desembarco.

Avanzaron entonces las galeras en ala, engalanadas, tocando los instrumentos bélicos, abrigando un mundo de bates, esquifes y tafureas, colmadas de soldados: los cañones de crujía barrieron literalmente la playa, de los moros que á pie y á caballo velaban. A las nueve de la mañana estaba escuadrada en tierra la infantería sin haber tenido que usar las armas. El lunes rompió la marcha el ejército en tres cuerpos dotados de caballería y artillería de campaña: los españoles, á vanguardia, ocuparon las alturas próximas, cortando las comunicaciones á la plaza. ¿Qué faltaba para someterla? No tenía de guarnición más de 800 turcos y 5.000 moros de la tierra, comprendidos los moriscos y renegados mallorquines y valencianos, encabezándola Hasán Agá, eunuco renegado de Cerdeña, hombre para mucho. En toda probabilidad estaba la plaza perdida, y sucumbiera á no intervenir la Providencia.

En la noche del 25 volvió á encapotarse el cielo, trayendo espesos nubarrones el viento atemporalado del Nordeste. Empezó á llover á torrentes, empapando á los soldados, que no tenían abrigo: el piso se convirtió en lodazal, donde se atascaban en pie, ateridos de frío y haciendo frente á los alárabes, que aprovecharon la ocasión para salir de la ciudad. En la escaramuza murieron 300 hombres, quedando otros tantos heridos, pero metieron á los turcos dentro de las murallas. ¡Todas las dificultades fueran como ésta! La que se presentó grave fué la de los mantenimientos. Había desembarcado la tropa con tres días de ración á la espalda, y ya estaban consumidas. ¿Cómo se reemplazaban? De las naves no se podían sacar; con todas las anclas en el agua garraban y se embestían unas á otras en aquella rada abierta, en que batía el viento de travesía. Sobre 150 navíos se hicieron pedazos arrollados por la mar sobre la playa; las galeras resistieron más, bogando sobre las anclas, sin que á todas valiera el recurso: la de Joannetín Doria dió al través con 14 ó 15 más, cuya gente alanceaban los jinetes númerados. Andrea se acogió con algunas al cabo Matifuz ó Metafuz.



No hay peor enemigo en los conflictos graves que la imaginación, si llega á sobrecogerse; la impresión del naufragio, el malestar de la humedad, el frío y el hambre á que se sacrificaron los caballos, apocó los ánimos de aquellos caballeros nobles y soldados fuertes y sufridos en tan varias ocasiones, que en el Consejo reunido sostuvieron la necesidad indispensable del reembarco de la tropa, antes que otra borrasca la hiciera perecer toda, y en verdad, no era la cosa para tanto. Sosegado el temporal del Nordeste, desembarcando lo necesario era cierta la victoria, entero como estaba el ejército, y no faltaba quien lo dijera en voz alta, teniendo por vergonzoso el desistimiento de la jornada. El Conde de Alcaudete era de esta opinión, y Hernán Cortés, acostumbrado á dominar situaciones peores, propuso, á lo que se dice <sup>1</sup>, que embarcara el Emperador y le dejaran con aquella gente, sobrada para señorear en Argel; mas ningún caso se hizo de su opinión, ni tuvo opción á exponerla en el Consejo de las eminencias. Quedó decidida la retirada, con alborozo indecible de los argelinos, que hicieron el puente de plata, sin embarazar más que por fórmula á la retaguardia. Fué necesario desjarretar y echar al agua los caballos que todavía había en las naves, los más de precio, por ser los de los caballeros, á fin de dejar espacio á la gente, que así y todo tuvo que apretarse. Por fin todos se embarcaron, los últimos los españoles, á quienes se confió el cargo de guardar las espaldas.

Todavía quedaban algunas barcadas para concluir, cuando apuntó el viento del Norte, ganando en violencia á la borrasca anterior; las galeras remolcaron á las naves para ponerlas en franquía del cabo Matifuz en las primeras horas; más tarde ellas mismas se vieron muy apuradas para montarlo, sobre todo la del bailío de Malta, empeñada entre la espuma de las rocas. Dos naos de la retaguardia española se estrellaron, y los hombres que salieron á tierra fueron rodeados por los montaraces, que no daban cuartel: felizmente habían conservado algunos arcabuces, con los que se abrieron paso

<sup>1</sup> Sandoval.



hasta la ciudad y se entregaron á los turcos con condición de la vida.

Las demás naves dispersas tiraron cada cual por su parte; unas á Orán, otras á España, á Cerdeña, á Italia, si no se aguantaron con la proa á la mar, que era difícil con tantos hombres á bordo. De las galeras, las más, aunque desarboladas y con mucha avería, corrieron á Bujia conduciendo á D. Carlos. En el fondeadero dieron varias mayor contingente al naufragio; persistía la borrasca como si amagara el fin del mundo. Demandando el César el socorro divino, ordenó tres días de ayuno, dando ejemplo en la devoción de las oraciones practicadas hasta el 23 de Noviembre. Cediendo por entonces el temporal con cambio de viento al Sudoeste, salieron de la rada, las galeras de la Religión, á Malta; las de Sicilia, á su destino; las de la escuadra real, á Mallorca y Cartagena, donde anclaron el 1.º de Diciembre.

Tres meses de mortal ansiedad habían pasado en el reino, temiendo por la vida del Emperador, de quien por ninguna parte se obtenían noticias. Así fué grande la alegría viéndole llegar tranquilo, sereno, cual si volviera de un paseo ordinario <sup>1</sup>. Cuéntase que, como se hablara en su presencia de lo ocurrido, dijo un caballero: «Al que no se expone á nada, no le sucede nada» <sup>2</sup>.

¿A cuánto montó la pérdida de hombres y de naos? Las relaciones no lo dicen: ha sido siempre, y seguirá siendo,

<sup>1</sup> Á la grandeza de ánimo del Emperador en esta desgracia se dedicó una medalla de 48 milímetros, teniendo en el anverso busto con ropa talar y toisón con leyenda CAROL. V, ROM. IMP. AUG. HISP. REX, CATHOL. DUX. AVST., ETC. En el reverso las columnas de Hércules dentro de un mar embravecido, y la sentencia QUOD. IN. CELIS. SOL. HOC. IN. TERRA. CÆSAR. EST. MDXLI. Vélez de Guevara escribió comedia *La jornada de Argel*.

<sup>2</sup> Cuéntalo D. Luis Zapata, en su interesante *Miscelánea*, de este modo: «Venido el Emperador de Argel, entró D. Juan Manuel, criado viejo de su padre el rey D. Felipe y su privadísimo, y á quien el Emperador tenía gran respeto por lo dicho, y ya tan viejo que no salía de casa, ni saliera sino para besar las manos al Emperador, y así le metieron por los brazos, dejando á la entrada una silla en que le traían á mano; y mandado ante sí sentar y cubrir como su edad requería, esperando todos la larga plática de quien era tenido por tan sabio, dijo solamente: «Señor, quien no se pone á nada, nunca le acaesce nada.»



prurito disimular y empequeñecer los desastres. El almirante de Castilla, D. Fernando Enríquez, escribió por entonces una endecha que ha permanecido oculta hasta nuestros días; tanto mortificaba la memoria del suceso. Llegando á las pérdidas decía <sup>1</sup>:

«¿Quién podrá con dichos buenos,  
Sin nota de haber errado,  
Recontar tan triste hado,  
Si son más ó si son menos  
Los que la mar ha tragado?  
En ningún ingenio cabe  
Decir, sin nota de afrenta,  
Los que faltan de la cuenta;  
Sólo aquel Señor lo sabe  
Que dispuso la tormenta.»

<sup>1</sup> Fernández Duro, *Viajes regios*.